

Carlos Mastropietro:

De soles, caminos y lágrimas

Algunos recuerdos alrededor de Mariano Etkin, escritos desde el afecto y el respeto, como colega, compañero de trabajo, exalumno y amigo, sin pretensiones de rigurosidad, apelando a que la memoria no me juegue una mala pasada.

Soles ¹

Lo conocí personalmente en 1984 cuando estudiaba composición en la Universidad Nacional de La Plata. Se sentó frente al grupo de alumnos reunidos en esa ocasión con el fin de conversar con el posible profesor de composición. Tuvimos un agradable intercambio en el que, entre otras cuestiones, nos preguntó qué hacíamos de nuestra vida creativa en general. No volvimos a verlo hasta el año siguiente, cuando concursó para ese cargo. En aquella oportunidad estaba recién llegado de Canadá y ni bien los días se hicieron más agradables -con otro sol, el del sur- no dudó en proponer que el siguiente encuentro de la cátedra fuera en el Parque Pereyra Iraola, un vasto espacio agreste de acceso libre, más o menos a 12 km de la sede de la Facultad en La Plata.

Un comienzo sin duda promisorio a partir de una propuesta difícil de olvidar para quienes estuvimos allí. Luego, ese desplazamiento del lugar de clase se repitió una o dos veces.

En el curso daba mucha libertad para componer, pero exigía a los alumnos tener la mayor claridad posible sobre lo que querían hacer. Si consideraba que algún aspecto no le parecía adecuado o posible, oponía una fuerte resistencia, pero cuando notaba que el interlocutor estaba bien convencido de su propuesta y la podría llevar adelante, finalmente la habilitaba.

“Maestro” Etkin. No le caía en gracia que le adosaran ese “título nobiliario” a su nombre. Pero sí había muchas cosas que le hacían gracia. Se divertía mucho con ciertas circunstancias, incluso con las más simples. Algo que siempre recuerdo, sucedió en una sede de Investigación que tenía un fondo con pasto que crecía y crecía... Para solucionar el problema de la grama, al no tener las herramientas adecuadas, el portero que atendía el lugar trajo de su casa nada menos que una oveja para que pastase. Esta situación estrafalaria lo divirtió mucho y no dudó en seguida en celebrar la increíble ocurrencia de Don Benaglia y elegirle un nombre al animal: Daisy, le quedó luego de una votación.

Acostumbraba ponerle nombres de fantasía -secretos para él y su pequeño grupo- a ciertos “personajes” que lo rodeaban, sobre todo en el ámbito universitario. Esos nombres solían ser caricaturescos y, se podría decir, de una aridez inversamente proporcional al grado de aprecio hacia el sujeto en cuestión, pero siempre con una buena cuota de humor. La mayoría se basaba en juegos de palabras. Un recuerdo en este sentido que me involucra consistía, a partir de que no son las pastas mi plato preferido a pesar de mi apellido italiano, en bromear diciendo que yo era un compositor “atanal”.

¹ Las palabras en cursiva corresponden a títulos de obras y escritos de Mariano Etkin.

Caminos

El afecto, gusto o amor que sentía por personas, lugares y objetos era tan intenso, que no daba lugar a medias tintas.

Como siempre comentaba y puede leerse en algunos de sus textos, le fascinaban los entornos naturales como los del noroeste de Argentina. Zonas de montaña seca, salinas y monte subtropical como el de Tucumán lo subyugaban. Incluso en algunos escritos les atribuye a esos sitios la propiedad de ser modeladores de cierta identidad latinoamericana.

Atesoraba algunas reliquias. Una que recuerdo, es la imagen de página entera del diario La Nación, donde aparecía Alberto Ginastera y su mujer Aurora Nátola, publicitando un conocido whisky de la época. Lo mostraba con cierto orgullo, destacando la cadena de oro que colgaba de la cintura de Ginastera. Una conjunción muy significativa para Mariano, sobre todo considerando sus apreciaciones acerca del director del Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales del Instituto Di Tella, donde había sido becario. También subrayaba el hecho de que entonces fuera verosímil mostrar a una figura del ambiente en esa clase de publicidad, algo totalmente impensado en años posteriores.

Compartía innumerables anécdotas. Una de las que más me atrae es la relacionada con su obra *Caminos de Caminos*. Contaba que por uno de aquellos solitarios *caminos de cornisa* del norte, veía acercarse hacia él un reflejo que lo inquietó y no pudo saber de qué se trataba hasta que estuvo a unos pocos metros. Era un hombre con una mula que tocaba un erkencho y que, antes de cruzarse con el vehículo, desvió su travesía y desapareció en la montaña. De regreso por el mismo camino, se topó nuevamente con el hombre, pero en este caso hasta quedar *frente a frente*, dado que el paso prácticamente no permitía la marcha de ambos. Se bajó del auto y habló con él. Entre otras cosas le preguntó porqué tocaba, a lo que el otro respondió “para que no haya pena”. Sin duda, la pasión con la que hablaba al recordar el hecho, exteriorizaba lo fuerte que había sido esa experiencia. Sensación que revela en uno de sus escritos diciendo que *Caminos de Caminos* está “dedicada a Gregorio Caminos, un músico de la Puna a quien debo uno de los momentos más intensos y perdurables de mi vida”.

Un encuentro inesperado en uno de esos precarios caminos del noroeste argentino donde pudo transitar en su 3CV, con el que recorrió tantos kilómetros de esa zona. Le gustaban los autos. Y era intrépido para conducir.

No escribió obras con texto cantado. Esa cuestión planteaba para él un problema fenomenal, casi imposible de resolver. De hecho, en una conversación acerca del quehacer de la composición, creo que en 2010, me comentó: “A mí también me encargaron una ópera, pero dije que no... no se me ocurrió nada interesante para hacer”. Y agregó: “Además estoy hace un tiempo componiendo una obra para orquesta que hace rato tenía ganas de escribir... y es un poco una conjunción de muchas cosa”. ¿Tiene título?, le pregunté. “Sí, *Lágrimas*”.

Era muy estricto con la lengua, tanto hablada como escrita. Redactar algo en conjunto no resultaba fácil, pero claro, escribía muy bien.

Una anécdota que lo divertía mucho, era sobre lo que le sucedió como jurado de un concurso de composición en el exterior. En el momento en que redactaban el dictamen y frente a cada una de sus intervenciones acerca de la forma de redacción,

otro compositor de un país latinoamericano le decía una y otra vez “¡Borges!, ¡Borges!”.

Disfrutaba de la reiteración en cualquier oportunidad, ya sea en la vida cotidiana o en las clases. Él mismo repetía determinadas frases, lugares, ocurrencias..., y en algún momento provocaba un desvío.

Lágrimas

Estuche de lágrimas, Sueños olvidados, Lágrimas sobre lágrimas, denominaciones de algunas de sus últimas piezas.

Con Mariano se podía hablar, además de música, de casi cualquier tema. Solíamos tener todo tipo de conversaciones. De política o cine, de comida o vestimenta, de salud o sicología, de autos, electricidad, relaciones humanas o lo que fuere. En ocasiones también aconsejaba.

Sus excelentes obras y sus contundentes escritos están *aquí y ahora* para quien los quiera oír y leer, pero los días martes ya no serán más lo mismo en la Facultad de Bellas Artes y sus alrededores, en la ciudad de La Plata.

La Plata, septiembre de 2016